

La banalidad posmoderna de los medios actuales

Por ARÍSTIDES O'FARRILL

Uno de los rasgos distintivos de la posmodernidad es la “*democratización de los medios*”. Si antaño a estos accedían unos pocos, hoy, al menos en buena parte de Occidente, cualquiera puede acceder a los mismos, tener un *show* televisivo, escribir en un periódico, o en una revista, construir una novela o dirigir una película.

Esta realidad resulta positiva a simple vista, pues cada vez más grupos que fueron preteridos u olvidados alcanzan a tener voz y vida en los medios y ser protagonistas en los mismos, algo impensable hace tan sólo unos 40 años.

Sin embargo, al lado de este indiscutible avance subyacen, a mi juicio, varios aspectos negativos.

El presente trabajo, dadas las limitaciones de espacio en la revista, no pretende realizar un análisis profundo de esta realidad - que por supuesto no se reduce solamente a los medios-, sino sólo constatar el fenómeno y panear brevemente con una serie de ejemplos y percepciones, sobre este singular y complejo fenómeno.

Se discute bastante sobre la vulgarización de la música popular, tanto la nacional como la internacional, lo cual ha llegado al clímax con la entronización del reguetón. Con tristeza se expresaba el novelista Leonardo Padura Fuentes, en un artículo aparecido en *El Caimán Barbudo*, sobre cómo la generación que ronda entre los 15 y los 20 años, quizás sienta nostalgia en el futuro por textos tan chabacanos como los ofrecidos por el reguetón. Sí, parece que jamás volveremos a tener, en la música popular, melodías románticas como *If You Leave Me Now* (Chicago) o *Lady* (Lionel Ritchie) o clásicos del patio como *Ojalá* (Silvio Rodríguez) o *Abril* (Amaury Pérez), ni hitos de la salsa como *El derecho de nacer* (Oscar D'León) o *El todopoderoso* (Héctor Lavoe).

Al lado de publicaciones que enriquecen nuestros estancillos (La Gaceta de Cuba, Revolución y Cultura, o Cine Cubano) o de otras más especializadas que deben existir por derecho propio: Temas, Unión, La Revista del Nuevo Cine Latinoamericano... encontramos otras baladías, empeñadas en una fulgurante carrera por ahuyentar al lector...

Pero este fenómeno no sólo afecta a la música, sino a todos los medios. El cine y la música son al parecer los dos medios que sufren más la banalización que nos abruma, aunque ciertamente no son los únicos.

La *democratización de los medios* ha traído como aspecto negativo la superficialidad de los mismos, ha entronizado la confusión como parámetro, aupando a una serie de pseudoartistas y subproductos. Y en nombre de una libertad de expresión mal entendida, se amenaza con convertir en normal lo que siempre se mantuvo, cuando menos, en los márgenes.

Una de las esencias de esta canalización consiste en el criterio de que todo vale, nada tiene importancia ni merece respeto y se puede situar en un mismo lugar a figuras históricas -discutibles o no- junto a ídolos pasajeros de la cultura popular. Por ejemplo, en un anuncio de publicidad para celulares que aparece en varias de las revistas españolas de mayor tirada, el comprador puede elegir entre el futbolista del Real Madrid, Raúl, y Miguel de Cervantes, situado convenientemente al lado, y en otro anuncio encontramos una imagen del comandante guerrillero Ernesto Guevara colocada bajo la foto del trasero de Pamela Anderson. Dos películas recientes ilustran, a mi modo de ver, fehacientemente este asunto: *El laberinto del fauno* (México-España, Guillermo Del Toro, 2006), y *Art School Confidential*, EE.UU.

- 2006, Terry Zwigoff. En la primera, (según el juicio acertado de Gustavo Andújar) bajo los ojos y la mente fantasiosa y turbada de una niña, se nos ofrecía

una visión diferente, por lúdica, de la Guerra Civil Española, contrasta con la visión ¿realista? y trágica de los adultos. De esta manera se expone el conflicto entre modernidad y posmodernidad y cómo la mirada de ambos se bifurca por la inevitable tendencia a lo lúdico en los defensores del post. Lo anterior quedó evidenciado en las polémicas provocadas en la comunidad

Espacio Laical 2/2007

ESPACIO LAICAL

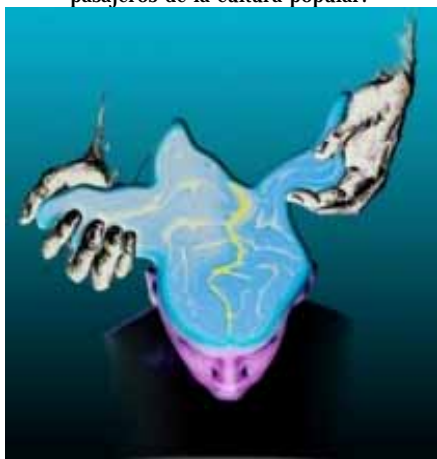
judía por la celebre cinta italiana *La vida es bella*, 1997, de Roberto Benigni. Muchos miembros ortodoxos de esa comunidad se quejaron de una visión demasiado desenfadada del Holocausto provocado por los nazis.

En la segunda película, de modo mucho más concreto, el mordaz Zwigoff se refiere explícitamente a la banalidad del arte moderno. Él sitúa su historia en una escuela elitista de artes plásticas, en la que al final el alumno destacado resultaba un joven policía infiltrado en el recinto para atrapar a un asesino en serie. El citado oficial recibía la admiración y el aplauso tanto de sus profesores como de los alumnos, por unas pinturas que parecían hechas por un niño de preescolar. De esa manera Zwigoff se burla sin piedad de esa elite que proclama como obras de arte a subproductos de cualquier tipo.

Vemos esa superficialidad en muchos programas de la televisión basura, donde toda la estructura dramática descansa en chismes baladíes del día, chistes de mal gusto y esculturales hombres y mujeres que bailan o se pasean ligeros de ropa. Pero aun más confusión se genera en programas supuestamente dedicados a la promoción cultural que caen en lo pedestre y mezclan lo mejor de la sapiencia popular con trivialidades de todo tipo.

Lo apreciamos por estos lares con el programa *De la gran escena*, donde se combinan sin mayor rubor la alta escena y lo mejor de la sabiduría popular, con lo más frívolo. Y se acentuó hasta límites alucinantes en el programa *La diferencia*, que dirigió y condujo el cantautor Alfredo Rodríguez. En este último se quiso hacer, como su título indica, algo diferente, por medio de la presentación de figuras de la cultura cubana, (otras no tanto, y otras bien controvertidas como después demostró la sacudida por e-mail, de varios intelectuales cubanos, ante la presencia en el programa de un antiguo dirigente del ICRT). Pero el tono que prevaleció giró siempre hacia lo vano y lo superficial. Elocuente fue la entrevista a Luisa María Jiménez quien, ante tanta pregunta fuera de lugar, optó por reírse y reírse, evidentemente desencajada, por no hablar ya de la falta de humildad de Rodríguez al estilo de algo así como *usted y yo somos perfectos, el resto de la humanidad no nos entiende*, con lo que intentó contagiar a sus invitados.

Una de las esencias de esta banalización consiste en el criterio de que todo vale, nada tiene importancia ni merece respeto y se puede situar en un mismo lugar a figuras históricas -discutibles o no- junto a ídolos pasajeros de la cultura popular.



Otro fenómeno preocupante lo hallamos en las publicaciones periódicas, donde la línea entre lo baladí y lo serio cada vez se vuelve más tenue. Siempre han existido revistas del corazón y de cotilleos, y creo que es necesario que existan, pues van dedicadas a ese público dispuesto a soñar con las adversidades y triunfos románticos o no, de su estrella preferida. Estos son los consumidores habituales de telenovelas evasivas, pues *de ilusión también se vive*, como expresa el título en español de una clásica película de Frank Capra y entonces ese público también tiene derecho de que reparen en él. Pero resulta que estas revistas se tornan cada vez más fútiles, y las supuestamente dirigidas a un público con unos diapasones más amplios, adquieren rasgos de una ligereza pasmosa. Es posible nombrar a revistas en el pasado prestigiosas que ahora combinan artículos serios, de opinión, con todo tipo de cotilleos sensacionalistas.

Algo similar ocurre con las llamadas revistas especializadas en las que suele suceder que su especialidad es no decir nada. Parecido pasa en Cuba, aunque con nuestras características insulares... Al lado de publicaciones que enriquecen a nuestros estanquillos (*La Gaceta de Cuba, Revolución y Cultura, o Cine Cubano*) o de otras más especializadas que deben existir por derecho propio: *Temas, Unión, La Revista del Nuevo Cine Latinoamericano...*) encontramos otras baladíes, empeñadas en una fulgurante carrera por ahuyentar al lector, pues desde su propia concepción de diseño hasta la última página parecen estar concebidas para causar desdén.

Este fenómeno también se traslada a los medios de la Iglesia cubana. Al lado de publicaciones diocesanas de calidad, que se han ganado por derecho propio el favor del público, subsisten otras de menor alcance, de ínfima calidad, con enfoques pobres y faltos de sazón y realismo sobre la vivencia de nuestra fe en Cuba; razón por la cual me atrevo a decir que estas publicaciones incurren, aunque no sea su interés inicial, en banalizar la fe.

La era digital permite una *democracia audiovisual* sin precedentes, y así, en cualquier parte del planeta, personas que jamás habían soñado con realizar un audiovisual ahora pueden hacerlo. En Cuba esta realidad ha provocado que jóvenes inquietos

trasmitan, mediante el video digital, sus inquietudes sobre el entorno que les rodea, sin tener que esperar por el concurso de las únicas distribuidoras y productoras que han monopolizado la producción audiovisual del país en los últimos 47 años.

También la Iglesia cubana ha aprovechado el filón, apoyándose para su trabajo pastoral -muchas veces con éxito- en las nuevas tecnologías audiovisuales. Pero en este rubro encontramos de nuevo que de todo hay en la viña del Señor y, junto a talentosos jóvenes que con sus primeras obras demuestran creatividad, aparecen otros que creen que con una cámara y un *set* de edición es suficiente para un adecuado acabado artístico.

Hay quien opina que sucede como la parábola de Jesús sobre el trigo y la cizaña. Me pronuncio por un coto a la avalancha de pseudoartistas, so pena que la confusión aumente y de tanto mezclar, se pase por bueno lo trillado, influyendo en que el gusto del público se degrade aun más. Algo así ha sucedido a las propuestas del sabatino y ya clásico programa de *La película del sábado*, cada vez más lejano de la calidad de sus comienzos, y que, al parecer sin remedio, se sigue programando lo más execrable del cine comercial internacional.

Ocurre algo parecido con buena parte de las revistas internacionales dedicadas al séptimo arte y al mundo del espectáculo. Es defendible, vuelvo a reiterar, que no todas las publicaciones que se ocupan del cine tengan la crítica y el ensayo riguroso.

También es justo que existan quienes se ocupan de lo informativo, del *glamour* de las estrellas y grandes superproducciones, dos posiciones antagónicas con respecto a como apreciar el cine, pero con todo el derecho de existir.

Ahora, lo que sí no debe imponerse -como está sucediendo- son aquellas con un desmesurado culto a la mediocridad y la fanfarria, como es el caso de las cada vez más copiosas publicaciones dedicadas exclusivamente al cotilleo y al mal gusto.

Ejemplo, una muy popular revista mexicana dedicada al mundo del espectáculo, cuyo editorial era un supuesto hermano del astro de la canción, y ocasional actor, Luis Miguel, mientras que muchas de las otras páginas eran reportajes de romances sobre los famosos de la farándula.

Con la apreciación cinematográfica por medio del Internet, sucede lo mismo. Si bien ayuda a que se democratice la crítica cinematográfica, la cual es una especialidad, queda a merced de que cualquiera pueda desmontar una película, o dársela de especialista, creando más confusión, y entonces, dentro de poco, podemos alcanzar a ver y escuchar barbaridades como que el cine lo inventó Tarantino y su profeta es Robert Rodriguez, y Orson Welles o Federico Fellini, son parte del paleolítico cinematográfico.

Un signo revelador de esta corriente es el éxito de *Borat* (EE.UU., 2006, Larry Charles), comedia tonta, grosera y nada original que ha elevado hasta la cima a su protagonista, el comediante Sacha Baron Cohen, quien incluso se coló en los premios *Oscar*, en el significativo rubro de mejor guión, antaño solo reservado por la Academia a *outsiders incomprensidos* como Robert Altman o Woody Allen y no a comediantes como Baron Cohen, quien sustituye la falta de ideas con el humor chabacano e hiriente.

Vivimos tiempos confusos en este inicio de Milenio. El tiempo dirá si de toda esta avalancha mediática, podremos culminar con buena siega en la que se pueda separar la cizaña del trigo.